

# EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 5 de Julio de 1917.

Número 27.

## EL MOTÍN PERIODICO SEMANAL CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los Jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Distraigámonos

En vista de que la censura prohíbe dar noticias y hacer comentarios referentes

á las instituciones fundamentales,  
á la cuestión militar,  
á las Juntas de defensa militares y civiles,  
á los movimientos de tropas,  
á nombramientos militares,  
á los manifestos y proclamas societarios,  
á los mítines y huelgas,  
á exportaciones,  
á torpedeamientos, en aguas jurisdiccionales, de buques españoles y extranjeros,  
á movimientos de buques en los puertos españoles,  
á la neutralidad nacional,  
y que además quedan prohibidos los comentarios sobre la guerra,  
y que tampoco permite que aparezcan blancos en los periódicos, tengo que dedicar casi por completo EL MOTÍN al clericalismo mientras no se levante la suspensión de garantías.

Mas como esto pudiera resultar aburrido á la larga, he pensado amenizarlo refiriendo de vez en cuando á mis lectores algunas de mis andanzas literarias. Apartaré así por un momento su atención del cuadro ¿qué el cuadro?, del Museo de horrores que por todas partes contemplan, sangre, lágrimas, ruinas, devastaciones, cañonazos, bombardeos, torpedeamientos, lo mismo en la tierra, que en las aguas, que en el espacio, y creo que me lo agradecerán.

Y para que no se me tache de tardío en cumplir lo que ofrezco, comenzaré en este número tan caritativa como higiénica obra.

Atención, pues.

Corría el año 1871 y acababa de obtener mi licencia absoluta. Sin carrera, oficio ni beneficio, y no sabiendo á qué dedicarme para vivir, me dije entre necesitado, pretencioso y filosófico: «Puesto que no sirvo para nada, haré piececilias para el teatro.»

Y enristré la péñola (de ganso aún casi todas por entonces) y á los pocos días terminé el *¡Alza, pilili!*

Había conocido por casualidad un par de años antes á un galán joven, llamado Eduardo Cachet, que trabajaba en el Salón de Capellanes (hoy teatro Cómico); le hablé del juguete, lo leyó, le gustó, é influyó para que se pusiera en escena; se representó del primer tirón 117 noches seguidas, muchas de ellas dos veces, y lancé mi eureka en esta forma: «¡Ya tengo asegurado el porvenir! ¡Un porvenir de quince reales por representación!

Y ahí tienen ustedes cómo me proporcioné los primeros *grabieles* (no *gabrieles* como se dice ahora) después de licenciado.

Y hecho este relato, para mí más verídico que el Evangelio, porque está calcado en lo que hice, vi, toqué y mandugué, cosa que no les ocurrió á los evangelistas del cristianismo, pues relataron lo que oyeron, á continuación exhibo la pieza primera del maestro Nakens, como me llaman ahora algunos guasones; pieza que abrió la serie de las muchas que enjareté luego, y de cuyos títulos no me acuerdo, como tampoco del pseudónimo con que firmé cada una, pues usé los de Tomás Pérez (mi segundo nombre y mi segundo apellido), Sebastián Ochoa, Eugenio Saavedra y José Cabo.

¿Que por qué no di mi nombre á todas? Porque una voz secreta me decía que en el libro del Destino se se me señalaban misiones más altas como escritor, moralizar al clero y unir á los republicanos, y despreciaba la modesta fama que como confeccionador de buñuelos teatrales pudiera alcanzar.

Hoy, fracasado en ambos empeños, vuelvo la vista al pasado, y dudo si hubiera convenido más á mi sosiego y á mi bolsillo (palabras sinónimas)

haber continuado metido entre cómicos, menos duchos en hacer toda clase de papeles que los curas y los políticos.

Mas sospecho que el público estará deseando conocer el *¡Alza, pilili!* y

¡Arriba el telón!

## ¡ALZA, PILILI!

Juguete cómico en un acto y en verso.

### ACTO UNICO

Sala amueblada con decencia. Puerta al foro y laterales.

### ESCENA PRIMERA

EDUARDO sale con un papel en la mano seguido de CARMEN.

CAR. ¡A ver, á ver!...  
EDU. ¿Desde cuándo te has vuelto, Carmen, tan mística?

CAR. ¿Qué dices?  
EDU. Bien interpretas los pasajes de la Biblia.

CAR. Explicate.  
EDU. ¿Quién ha puesto en mi mesa esta cuartilla?

CAR. No lo sé.  
EDU. No disimules.  
¡Me ha hecho una gracia!

CAR. Maldita la que á mí me hace tu broma.  
EDU. ¿Es de veras, Carmencilla, que tú no has sido?

CAR. No he sido.  
EDU. Entonces, no acierto, chica, qué es esto.

CAR. ¿Pero qué es eso?  
EDU. Escucha.

CAR. No pierdo sílaba.  
EDU. (Lee.) «En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma. Lo busqué y no lo hallé.» «Si mi amado llamase á mi puerta, y metiese la mano por el resquicio, se estremecerían mis entrañas»

CAR. ¡Qué desvergüenza! ¿Y son esos los pasajes de la Biblia?

EDU. Del Cantar de los Cantares están copiados, Daria algo bueno por saber...

CAR. ¿Quieres que yo te lo diga?  
EDU. ¿Lo sabes tú?

CAR. Lo presumo.

EDU. ¿Y quién es?

CAR. Doña Cecilia.

EDU. ¿El ama?

CAR. Sí. Hace algún tiempo, noto, cuando en tí se fija, que se pone tan turbada, tan triste...



EDU. Es caso de risa.  
CAR. Ahora, si tú me prometes no enfadarte, una noticia te voy a dar.  
EDU. Lo prometo; pero dime pronto...  
CAR. Mira este papel. (Eduardo lee.) Una noche, hará cuatro ó cinco días, lo hallé bajo mi almohada,  
EDU. ¿Y quién?...  
CAR. ¿Pues no lo adivinas?  
EDU. ¿Don Ruperto acaso?  
CAR. El mismo.  
EDU. Vaya una pareja digna de lo que yo sé. ¿Y te ha dicho?...  
CAR. Que me ama como hija; que no me haga ningún caso de los jóvenes del día; que si Dios fuera servido el llevarse á su Cecilia, pasar quisiera á mi lado esta miserable vida, y que en cerrando él los ojos yo su heredera sería.  
EDU. ¿Nada más?  
CAR. Que soy muy guapa, y muy graciosa.  
EDU. ¡Estantigua! Que yo sea pronto, cual pienso, licenciado en medicina, y ya verá ese carcunda con quién pasas tú la vida.  
CAR. ¡Eduardo! (Con cariño.)  
EDU. Cuando veo que se agasajan y miman delante de la gentuza que viene aquí de visita, ¡me dan unas tentaciones de descubrir su falsía!  
CAR. Mi madre al morir, temiendo que quedase desvalida, me dejó recomendada á esta hipócrita familia, y creyendo en sus promesas murió la infeliz tranquila.  
EDU. Engañan á todo el mundo. A mi padre les inspiran una ciega confianza; los elogia sin medida.  
CAR. Ella viene. Entra en tu cuarto.  
EDU. Hasta luego, prenda mía. (Carmen hace como que limpia la mesa.)

## ESCENA II

CARMEN, DOÑA CECILIA

CEC. ¿Estás aquí?  
CAR. Sí, señora.  
CEC. ¿Y qué haces?  
CAR. Limpiar la mesa.  
CEC. Es usted muy limpia, mucho... Acabo de ver la prueba en la cocina.  
CAR. Ahora poco la he limpiado.  
CEC. Menos réplicas A tu obligación; y arréglate para ir luego á la novena.

## ESCENA III

DOÑA CECILIA

¿Habrá venido Eduardo de clase?  
(Se asoma al gabinete.)

Allí está. ¡Qué bellas facciones tiene! ¡Qué ojos tan expresivos! ¡Ay! Diera dos ó tres años de vida porque él me amase. Soy vieja, es decir, ya no soy joven, pero aún tengo la tez fresca. El corazón nunca es viejo. Nunca es viejo. ¿Verdad, prenda, que eres joven? Aquí viene. Calma, no me comprometas ¿Habrá visto el papelito? ¿Comprenderá la indirecta?

## ESCENA IV

DOÑA CECILIA, EDUARDO

CEC. Felices tardes.  
EDU. Felices.  
CEC. ¡Estate quieto! (Al corazón.)  
EDU. ¡Qué fea!  
CEC. Hermosa tarde.  
EDU. Divina.  
CEC. Parece de primavera. ¿Le gusta á usted el campo?  
EDU. Mucho.  
CEC. A mí también.  
EDU. ¡Qué poética!  
CEC. El corazón allí late con más fuego, con más fuerza, y las almas desde hadas alivio á su mal encuentran en sus floridos vergeles, en sus frescas alamedas. ¡Cuántas, como ésta, tan puras, habrá pasado en su tierra con la mujer que usted adora en plática dulce y tierna! ¡Ay!

EDU. ¡Ay! ¡Valor! No. Mi alma bus a en vano...  
CEC. (Al corazón.) (No te muevas.)  
EDU. Un alma que la adivine, un alma que la comprenda.  
CEC. (Leyó el papel.)  
EDU. Que si un día llamo á deshora á su puerta, dentro del cuerpo en que habita de contento se estremezca.  
CEC. (Lo leyó.)

EDU. Un alma... ¿Qué digo?  
Un alma... un alma...  
CEC. (No acierta á explicarse.) Un alma joven...  
EDU. ¡Joven! Nunca. No son esas las que á comprender alcanzan las pasiones verdaderas, voraces, inextinguibles...

CEC. Siga usted.  
EDU. Fuertes, inmensas...  
CEC. ¡Eso!  
EDU. Que son patrimonio...  
CEC. ¡Corazón, ahora! ¿A qué esperas?  
EDU. De las mujeres que saben apreciar en su grandeza el fuego de la mirada, el fruncimiento de cejas, las frases que no se dicen, las sensaciones secretas del alma...

CEC. ¡Yo me desmayo! ¡Si él entonces se atreviera...!  
EDU. Y esas mujeres que tienen lava por sangre en las venas, son las que en edad madura con delicias de amor sueñan.

CEC. Tienes razón.  
EDU. En mis sueños...  
CEC. ¿Sueñas tú?  
EDU. (Ya me tutea.) Halago una mujer fuerte, un ser de edad ya provecta, complaciente, cariñosa, alta, colorada, gruesa, una mujer ya metida en harina, casi vieja. (Allá va esa bomba.)  
CEC. ¡Cielos!  
EDU. ¡Ruperto! ¡Calla!  
EDU. (¡Qué escena!)

## ESCENA V

DICHOS, D. RUPERTO

RUP. ¿De qué se trata?  
CEC. De nada. Eduardo que se queja de que está su cuarto sucio.  
EDU. (Valiente...)  
CEC. Carmen no piensa sino en componerse, y voy á plantarla...  
RUP. Ten paciencia; á su edad tú eras lo mismo: hace treinta años.  
CEC. ¿Qué treinta?  
RUP. Y ainda mais.  
CEC. Tú te equivocas.  
RUP. Al acabarse la guerra civil, nos casamos.  
CEC. Bueno, estoy enterada.  
RUP. Eras entonces la flor y nata de las chicas de la aldea.  
CEC. Y tú un necio.  
RUP. Así la envidia, es decir, las malas lenguas, decían si aquel teniente de Húsares de la Princesa... Mas nada, no hubo tal cosa, yo lo aseguro.  
CEC. (¡Qué bestia!)

## ESCENA VI.

D. RUPERTO, EDUARDO

RUP. ¡Qué tiempos! Cuando recuerdo lo que el mundo en ellos era, y lo que es en los presentes, siento infinita tristeza. En vez de acudir al templo donde al Señor se venera, acude la gente al club, donde los falsos profetas le hablan de sus derechos de justicia y... ¡frases huecas que les sugiere su orgullo y su satánica ciencia! ¿Quieres más? El otro día dijeron en mi presencia que es falso lo de la burra de Balám!  
EDU. ¡Oh! ¡Qué blasfemia! ¡Negar que una burra hablaba! ¡Y digo, la burra aquella! ¡Aquella burra! Una burra tan... tan... tan... tan... ¡jumental! ¡Jesús! ¡Jesús!  
RUP. Si esto sigue, el fin del mundo está cerca. ¿No te parece, Eduardo?  
EDU. ¡Oh, sí, señor! (Me voy fuera)



por no reventar de risa.)  
Tengo que salir...  
RUP. No vengas  
muy tarde.  
EDU. ¿Qué hora es?  
RUP. Las cinco.  
EDU. A las seis estoy de vuelta.

## ESCENA VII

DON RUPERTO

RUP. —La religión es el freno  
que sujeta las pasiones (Transn.)  
—Carmen tiene unas facciones,  
que al mirarlás, me enageno.  
Pensamientos celestiales  
inspira la religión.  
—Me hacen tilín y tilón  
aquellos ojos barbales.  
—Y hay quien desprecia altanero  
la religión sacrosanta!  
—¡Digo, pues y la garganta!  
¡Y aquel aire retrechero!  
—Desgraciado el que no tiene  
en nuestra religión fe.  
—¿Dónde me deja usted el pie  
y la...? ¡tapa! que ella viene.

## ESCENA VIII

DON RUPERTO, CARMEN

CAR. ¡Doña Cecilia! ¡Ah! Creía  
que aquí se hallaba.  
RUP. Ha salido.  
Dí, ¿qué lienes? ¿Te ha reñido  
por alguna tontería?  
CAR. No, señor.  
RUP. ¡Yo le tolero  
tanta y tanta impertinencia!  
Súfrela tú con paciencia  
por lo mucho que te quiero.  
CAR. Gracias, señor.  
RUP. Tu candor,  
tu inocencia, tus modales  
y tus gracias naturales,  
te hacen digna de mi amor.  
Ya te lo he dicho; si un día  
—cosa que no quiera Dios,—  
me quedo viudo, los dos  
viviremos, hija mía,  
juntitos, como Dios manda,  
cual viven los tortolitos;  
juntitos siempre, juntitos...  
Acércate a mí. Más... anda.  
CAR. Agradecerle no sé  
lo mucho que usted me quiere.  
RUP. Por mucho que te pondere  
mi amor, corto quedará.  
Mil veces la vista fija  
en tu rostro peregrino,  
reniego del vil destino  
que no me ha dado una hija,  
y en el paternal exceso  
de mi paternal pasión,  
con paternal emoción  
te diera un paternal beso,  
y en mi paterna ansiedad,  
entre mis paternos brazos  
forjará paternos lazos...  
CAR. (¡Y va de paternidad!)  
RUP. ¿Y tú, me quieres?  
CAR. ¿Podría  
no pagarle a usted, señor,  
ese paternal amor?  
RUP. ¿Y no sientes, hija mía,  
otra pasión en tu pecho  
brotar? ¿No amas a otro?

CAR. Sí.  
RUP. ¿Amas a otro? ¿Más que a mí?  
CAR. Sí, señor. (Rabia.)  
RUP. (Sospecho,  
y el sospecharme me aterra,  
que Eduar lo... Si al fin los dos...)  
¿Y a quién amas, hija?  
CAR. A Dios,  
el Señor de cielo y tierra.  
RUP. ¡Ah! ¡Ya! (Respiro.) Es muy justo  
ese amor a quien debemos  
todo cuanto poseemos.  
¡Monlla, me has dado un susto!  
(Llaman.)  
CAR. Llaman.  
RUP. Abre.  
CAR. (Sale y anuncia.) Don José.  
RUP. Que pase. (¡Suerte maldita!  
¡Cuán buena ocasión me quita!)  
JOSÉ ¿Hay permiso?  
RUP. Pase usted.

## ESCENA IX

DON RUPERTO, DON JOSÉ

JOSÉ Dios le guarde, don Ruperto.  
RUP. Don José, que Dios le guarde.  
JOSÉ He venido un poco tarde.  
Ya adivinaréis...  
RUP. No acierto...  
JOSÉ Tomando mil precauciones,  
anoche a la artista vi.  
RUP. ¡Alza, pilili!  
JOSÉ Y aquí  
se hallará a las oraciones.  
RUP. Sin avisar, ¡esta es buena,  
para tramar el enredo!  
Hoy recibirla no puedo,  
tengo que ir a la novena.  
JOSÉ Pues ella al anochecer  
se planta aquí, y es preciso  
arreglar...  
RUP. ¡Qué compromiso!  
En fin, veremos a ver.  
¿Y cómo habéis arreglado?...  
JOSÉ Le dije, fué necesario,  
que vos érais empresario  
y que os hallábais baldado;  
que pensábais contratar  
una buena compañía  
para Murcia y Almería,  
y no pudiendo pasar  
a verla, le suplicábais,  
—siempre que le conviniese,  
que a vuestra casa viniese  
para ver si os arreglabais.  
Llega, le habláis del contrato,  
verla antes bailar queréis,  
accede, baila, la véis,  
y no cerráis luego el trato.  
RUP. ¡Gran tramoya! ¡Buen pretexto!  
Ahora sólo es menester  
engañar a mi mujer.  
JOSÉ Fingid que estáis indispuerto.  
RUP. ¿Y qué tal, es bien formada  
la chica?  
JOSÉ No tiene tilde.  
RUP. ¿Cómo se llama?  
JOSÉ Matilde.  
RUP. ¿Y es gentil, es agraciada?  
JOSÉ Mucho.  
RUP. ¿Y el baile?  
JOSÉ Expresivo.  
como ninguno. Ella sale  
con falda larga.  
RUP. ¡Eso vale

un Perú!

JOSE Ademán altivo,  
encantadora sonrisa.  
Con la malla, no se nota  
si va vestida: la bota  
de color, alta y concisa.  
Dá una patada en el suelo  
con gracia; la falda coge  
por delante, y la recoge  
descubriendo...  
RUP. ¡El mismo cielo!  
¡Qué bella escena, qué bella!  
JOSE Muestra la falda, la oculta,  
y entre sus pliegues sepulta  
a aquel que baila con ella.  
A dar aplausos empieza  
el público que lo ve,  
y ella entonces pone el pie  
al nivel de su cabeza;  
y hace cada movimiento,  
se agita tan bien, y tanto,  
que hiciera pecar, no a un santo,  
que eso es poco, sino a ciento.  
RUP. ¡Bien, bravo! Esa descripción  
acrecienta mi deseo  
de verla bailar.  
JOSE No creo  
que falte,  
RUP. ¡Qué inspiración  
habeis tenido! Sin ella  
me hubiera muerto sin ver  
ese baile. Mi mujer,  
cual si fuera una doncella,  
no se aparta de mi lado,  
y ni una noche he podido  
desde que soy su marido,  
ir sin ella ni a un recado.  
¡Alza, pilili!  
JOSE Ella viene.  
RUP. Empecemos a fingir.

## ESCENA X.

DICHOS, DOÑA CECILIA

JOSE Es preciso convenir  
en que lo que le conviene,  
es no salir hoy de casa:  
La noche está poco buena.  
RUP. Tengo que ir a la novena.  
CEC. Rupertito, ¿qué te pasa?  
RUP. Hija, nada.  
JOSE Que le ha entrado  
un dolor tan infernal  
de muelas, que está fatal.  
(Al oír esto D. Ruperto, se tapa a toda pri-  
sa el carrillo derecho con las dos manos.)  
CEC. ¡Pobrecito!  
JOSE Y empeñado  
en ir al anochecer  
a la novena.  
CEC. No, hijo;  
yo iré solita. Te exijo  
que te quedes: tu mujer  
le pedirá a Dios por ti.  
RUP. ¡Hijita, cuánto me quieres!  
Entre todas las mujeres...  
¡ay! ¡ay! ¡ay!  
CEC. ¿Te aprieta?  
RUP. Sí.  
CEC. Carmen, hasta que yo vuelva,  
podrá cuidarte.  
RUP. No, no,  
que te acompañe.  
CEC. Si yo  
puedo ir sola.  
JOSE (No resuelva



quedarse. Decid que sí.)  
 RUP. Como quieras. ¡Ay! ¡Qué pena me da no ir á la novena!  
 CEC. Yo pediré á Dios por ti, como te he dicho.  
 JOSE. Hasta luego.  
 RUP. ¿Tan pronto?  
 JOSE. (Ya volveré.)  
 Adiós, señora. Y que usted no tarde en hallar sosiego. (Váse.)  
 CEC. ¿No se te aplaca el dolor?  
 RUP. ¡Ay! No.  
 CEC. La esencia de clavo es buena, y la tengo ahí.  
 (Entra en su gabinete.)  
 RUP. ¡Bravo!  
 Esto no puede ir mejor.  
 (Sale tras ella.)

# ESCENA XI

CARMEN, á poco EDUARDO

CAR. ¿Con que esta noche tenemos aquí función de cancán, mientras va doña Cecilia á la novena? ¡Já! ¡Já!  
 ¡Los santos!  
 EDU. Carmen, abrázame.  
 ¡Vengo más contento!... Más que unas pascuas. He tenido carta de mi padre. Juan, que se ha ido al pueblo unos días, le ha contado pe á pá lo que me pasa, y mi padre, que muy satisfecho está de mi aplicación, me dice que me puedo trasladar á otra casa.  
 CAR. ¿Y tu alegría es por eso?  
 EDU. Claro.  
 CAR. ¡Ah!  
 ¡Me abandonas!  
 EDU. Oye, y tiembla... de placer. Dice además que le diga francamente si tengo una novia...  
 CAR. ¡Ya!  
 EDU. Para venir al instante á conocerla, y tratar de casarnos, si la quiero, según le ha explicado Juan.  
 CAR. ¡Oh, qué dicha!  
 EDU. ¿Y el abrazo?  
 CAR. Lo mereces. (Le abraza.)  
 EDU. Ahora vas á saber lo que proyecta don Ruperto. Tiene afán de ver el can-cán. Mas como nunca sale sin llevar á doña Cecilia al lado, hoy, fingiendo que le da un fuerte dolor de muelas, se excusa de ir á rezar, y mientras ella va al templo, don José, que entra en el plan, trae aquí una bailarina so pretexto de que va á contratarla el vejete para un teatro.  
 EDU. A jugar les voy la broma del siglo. Adios. Y hoy mismo te vas con tu prima.  
 CAR. Mas...  
 EDU. Me escurro,

no se vayan á enterar.  
 CAR. ¿Qué proyectará Eduardo? Algún chasco magistral  
 ¡Qué feliz soy! Aquí viene la señora. (Se va.)

# ESCENA XII

DOÑA CECILIA, luego CARMEN lee, asomándose al cuarto de Eduardo.

¡Mi galán  
 no ha venido. ¡Con qué fuego me pintó su amor voraz!  
 Si el bruto de mi marido no llega entonces á entrar, ¡Dios me perdone! mas creo que aquello no acaba mal.  
 ¡Ay, Jesús! Y ahora me ocurre: esta manera de obrar ¿será pecado? ¡Oh! ¡Pecado! ¿Si será, si no será?  
 Mas ¿qué temo? Lo cometo, y lo confieso, y en paz, A la novena, ¡Dios mío!  
 ¿Si habrán empezado ya?  
 ¡Carmen! Si no es hoy, mañana fin mis angustias tendrán.  
 ¡Carmen!  
 CAR. (Entrando.) ¡Señora!  
 CEC. Ruperto se acaba ahora de acostar un poco. No hagas ruido. Le duele una muela, ¿estás?  
 CAR. Sí, señora.  
 CEC. A la novena me marchó. Por la señal.  
 (Váse foro santiguándose.)  
 CAR. Persígnate, hipocritona, que luego me lo dirás.

# ESCENA XIII

CARMEN, DON RUPERTO

RUP. ¡Carmen! ¡Ay! ¡Ay!  
 CAR. ¿Qué os ocurre?  
 RUP. Que no puedo sufrir ya este dolor. (Si no fuera por venir la del can-cán, qué ocasión para...) Ven, hija. (Bocado de cardenal!) Tú sabrás algún remedio que calme el dolor, ¿verdad?  
 CAR. No, señor.  
 RUP. Pues me parece... que tú... lo puedes... calmar... si quieres... (Tente, Ruperto, no hagas una atrocidad.) trayendo una medicina de la calle de Alcalá.  
 CAR. (Me aleja.) Si no es más que eso...  
 RUP. ¿Quieres... tú... hacer... algo más?  
 CAR. Todo lo que usted me mande.  
 ¿Qué hago?  
 RUP. El... la... los... las...  
 CAR. ¡Pícaro dolor de muelas, que ni le permite hablar! Me voy por la medicina.  
 RUP. Sí, vete... por caridad.

# ESCENA XIV

DON RUPERTO

RUP. ¡Ay, que ocasión! Si no fuera por ese baile maldito, de seductor me acredito. ¡Estaba tan retrechera! ¡Pero calla!... Si no sabe á cual botica ha de ir

ni lo que debe pedir; mayor torpeza no cabe. Quizá desde aquel balcón en la calle la verá. (Llaman.) Mas ya está aquí Don José. Da principio la función. D-s-quei, ¡que estoy baldado. (Llaman) Allá voy.

# ESCENA XV

D. RUPERTO, D. JOSÉ, MATILDE.

JOSE. La señorita es la que...  
 RUP. Ya, ya. (Es bonita.) Siento se haya molestado, mas este padecimiento que hace algún tiempo me aqueja de aquí salir no me deja. Tomen ustedes asiento, que á tomarlo voy también.  
 MAT. Gracias.  
 RUP. Esta señorita sabrá ya...  
 JOSE. ¿De su visita el motivo? Si.  
 RUP. Pues bien; al grano. Como ya sabe, formando estoy compañía para Murcia y Almería. (¡Qué mirada tan suave!) Varios amigos de allí que tienen un grande afán de ver bailar el cancán, me han pedido que de aquí una pareja les lleve, de las buenas, la mejor; y elogiándome el señor —menos acaso que debe— su gracia para bailar, me he propasado á llamarla sólo para preguntarla si se quiere contratar.  
 MAT. Sí, señor.  
 RUP. Pero advirtiéndolo que es un público exigente, y acaso pida...  
 MAT. Corriente, un poco de todo entiendo.  
 RUP. ¿Bailará jota, fandango, seguidillas, y...?  
 MAT. ¡Pues no!  
 JOSE. ¿Le gusta á usted?  
 RUP. (Mucho. ¡Oh!) ¿Y cantar, así, algún tango? (Matilde indica que sí con la cabeza.)  
 JOSE. ¡Si has a guillaba en cañi!  
 RUP. ¡En cañi!  
 JOSE. Este es profano y no chanela. En gitano, en flamenco.  
 RUP. Vamos, sí. ¿Si usted fuera tan amable, y perdone la exigencia, que cantara en mi presencia una canción... comfortable?  
 MAT. Sí, señor, en el momento.  
 JOSE. (Ahora verá usted qué gracia.)  
 RUP. ¡(Estoy loco!)  
 JOSE. (Diplomacia.)  
 MAT. Con permiso.  
 JOSE. (Estad atento.) (Matilde canta. D. Ruperto se entusiasma por grados.)  
 RUP. ¡Bravo, bien!  
 JOSE. ¡(Que estáis baldado!)





**¡Cómo se regocijarían los clericales viéndome de ese modo!**



RUP. ¡Alza, pilili!  
JOSE (¡Qué atroz!)  
RUP. Tenéis, Matilde, una voz que me deja embelesado. No hay más que hablar.  
JOSE Os advierto que en el baile se coloca á una altura... ¡Casi toca las bambalinas!  
RUP. ¿Es cierto?  
JOSE Si usted quisiera?... Mas no. Soy demasiado exigente.  
JOSE Pero ella es muy complaciente y bailará.  
MAT. Bueno.  
RUP. ¡Oh!  
MAT. No es el mejor este traje, mas ya que en ello se empeña...  
(Se coge las faldas para bailar.)  
JOSE (¡Ya verá usted lo que enseña!)  
RUP. (¡Ya le estoy viendo un encaje!)  
(Matilde baila el cancan, y D. Ruperto se mueve y gesticula, recargando la escena según el público se presente.)  
RUP. ¡Bien, bien!  
JOSE (Quieto ¡Estáis baldado!)  
(Ruperto se entusiasma cada vez más.)  
RUP. (¡Que estáis baldado!)  
(Callad.)  
JOSE ¡Uyuyuy!  
JOSE (¡Qué atrocidad!)  
RUP. Aquí estoy mal colocado.  
(Se sienta en otra silla más baja para ver mejor.)  
JOSE ¡Qué miro!  
JOSE (¡Por Jesucristo!)  
RUP. No os mováis, que no sospeche... Como una andanada os eche!  
RUP. (Yo no sé cómo resisto.)  
JOSE ¡Salero, eso es lo que priva!  
JOSE (¡Don Ruperto!)  
RUP. ¡Majadero!  
JOSE ¡Alza, pilili! ¡Salero!  
RUP. ¡Arriba esa falda, arriba!  
(Se pone á bailar con Matilde y ésta sorprendida se para, á tiempo que entran todos.)

# ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA CECILIA, CARMEN, EDUARDO  
CEC. ¡Jesús, María y José!  
RUP. ¡Alza, pilili! (Sin ver á nadie, baila solo)  
CEC. ¿Está loco?  
RUP. No te pares. ¡Otro poco!  
CEC. (Cogiéndole del brazo.) Mas...  
RUP. ¡Eh!  
JOSE (Se agüó la fiesta.)  
CEC. ¿Qué es esto? ¿Qué casa es esta?  
RUP. Esto es, pichoncita mía, un remedio que el señor me ha dado para la muela: una nueva tarantela que mitiga este dolor.  
CEC. ¡Infame! ¿Y esta mujer?...  
MAT. He venido aquí, señora, engañada, pero ahora sé lo que me toca hacer.  
CEC. ¡Engañada! Vuestro afán desmiente vuestra disculpa.  
(A D. José.)  
Usted ha tenido la culpa.  
¿Aquí bailando el cancan?

MAT. Cállese usted, vieja rara y no sea tan aprensiva. (A ellos.) Por no manchar mi saliva no les escapo en la cara. (Vase.)

# ESCENA XVII

DICHOS, MENOS MATILDE

CEC. ¡Pillo! ¡Mientras yo rezando estaba por tu salud con tierna solicitud, tú estabas aquí bailando? (A Eduardo) Si por tí no hubiera sido, este pícaro me engaña. (A D. José) ¡Cancanista! De mi saña no escaparás.  
JOSE (Me he lucido.) (Se va.)

# ESCENA XVIII

DICHOS, MENOS D. JOSÉ

RUP. (A Eduardo.) ¿Tú le has avisado?  
EDU. Sí.  
RUP. ¿Mas cómo?...  
CAR. Yo me enteré y se lo dije.  
EDU. Os busqué, y os traje, señora, aquí.  
RUP. ¿Es decir, que esta doncella y tú, os entendéis?  
EDU. Es poco; yo la amo como un loco y me corresponde ella.  
CEC. ¡Jesús!  
(Cae desmayada en brazos de Eduardo.)  
CAR. ¿Qué es eso?  
EDU. Un desmayo.  
RUP. ¡María!  
(Cae desmayada en brazos de Carmen.)  
CAR. ¡Otro! ¡Y que pesa!  
EDU. Verás si la broma cesa. Vamos á hacer un ensayo.  
(Se apartan los dos con cuidado, dejando á D. Ruperto apoyado en D. Cecilia; y al extender cada uno los brazos creyendo que abrazan á los otros, se reconocen y se separan con rabia.)  
EDU. ¿Lo ves?  
CEC. ¿Dónde estoy?  
RUP. ¡Dios mío!  
EDU. ¿Qué pasa aquí?  
CEC. Lo que pasa, es que hoy dejamos la casa ésta y yo.  
RUP. ¡Qué desvarío!  
(¡Marcharse mi amor!) Ruperto, tú no lo consentirás. A su padre escribirás para que se quede, ¿es cierto?  
RUP. (¡Marcharse mi amor!) Cecilia; haz tú que Carmen se quede: marcharse de aquí no puede; es casi de la familia.  
CEC. ¿A qué ese interés demuestras por Carmen, viejo maldito?  
RUP. ¿Y tú por ese mocito, á qué tanto interés muestras?  
EDU. (A Doña Cecilia.) (Callé usted, porque si no, descubro todo el pastel.)  
CAR. (A D. Ruperto.) (Voy á darle este papel si no se calla usted.)  
RUP. (¡Oh!)  
EDU. Esta casa virtuosa dejamos, y os ofrecemos la que pronto habitaremos como esposo...

CAR. Y como esposa (Vanse.)

# ESCENA ULTIMA

DON RUPERTO, DOÑA CECILIA

CEC. ¡Pegármela, santo cielo!  
RUP. ¡Engañarme, Dios piadoso!  
CEC. ¡A mí! ¡A tu esposa!  
RUP. ¡A tu esposo!  
por un...  
CEC. Corramos un velo.  
EDU. (Entrando y dirigiéndose al público.) Señores...  
CEC. ¿Qué ocurre?  
EDU. Nada; que impaciente por marchar, se me olvidó suplicar que nos deis una palmada.

# TELON

# Actitud gallarda

El conde de Romanones ha renunciado á la jefatura del partido liberal, en vista de las conjuras, traiciones y emboscadas que contra él tramaban algunos de los conspicuos de ocasión que le seguían. Y al ver las debilidades, las miserias y las ingratitudes que con tal motivo se han exhibido, Leopoldo Romeo ha enviado una carta al conde, en la que le dice:

«No he de ocultar á usted que he sentido, en ocasiones, profunda amargura al ver cómo iban ocupando los cargos públicos algunos señores que no tenían más mercedimientos que el no saber leer, ni escribir, ni hablar; pero la amargura servía solamente para más acrisolar mi lealtad, en compensación, sin duda, de que las dulzuras del favoritismo servían en otros para destruirla, haciendo nacer de sus cenizas legión no pequeña de Iscariotes políticos, que abandonaron á su adulado señor en cuanto creyeron que ya no podía realizar nuevos milagros de prodigiosas ascensiones en sus respectivas carreras.

Ahora, me creo en el deber de decirle que correré la suerte que usted corra. Si va usted al Desierto, allí le seguiré. Y si en el Desierto hay algún oasis, seré capaz de renunciar al agua que me toque, si usted la necesita para algún nuevo Iscariotillo. Con todo esto le digo que estoy incondicionalmente al lado de usted, pues me parecería bellaquería, indigna de quien nació bien y aspira á bien morir, haber seguido al jefe cuando era todopoderoso, y abandonarle cuando algunos creen que está caído para siempre. Ahora, mejor que nunca, podrá usted apreciar que si la ingratitud ha invadido España, aún no ha logrado arrojar totalmente de ella á quienes entienden que la política es algo más que un conglomerado de ambiciosos, para quienes el afecto personal es accidente, y la conveniencia egoísta es esencia.

El modesto lugar que ocupó en política, ya que figuró en la cola de sus escalafones, no es obstáculo para poder decir que me produce verdadera indignación el ver cómo han traicionado á usted personas á quienes usted ungió con todos los óleos del favoritismo en sus tiempos



de omnipotencia, y que le debían, por lo circulante y desvalorado el valor de la moneda de curso general y exclusivo en tres no otros, sin que nadie se percatara de que la diferencia entre el valor intrínseco del oro que salía y el de la plata que nos quedaba, la habíamos de ir pagando entre todos, pues que el coste de todas las cosas de nuestro uso, por el imperativo de nuestras necesidades, iría elevándose en la misma proporción que fuera descendiendo el de nuestra moneda circulante frente al patrón Oro, con el cual todos los pueblos de la tierra marcan la estimación de sus productos.

Está uno tan poco acostumbrado á ver ejemplos de lealtad, nobleza, dignidad é hi lalgua como el dado por Romeo, que hay que admirarlo, aplaudirlo y airearlo. Por esto tiendo la mano al compañero que tantas veces se ha distinguido por lo sincero, y lo valiente, y le digo:

«¡Bien, bien, Leopoldo! Así se piensa, así obran y así escriben los hombres dignos.»

JOSÉ NAKENS

## El Banco de España es una amenaza

Explota la guerra y se prepara para la paz

Una simple gacetilla de un periódico de los de carácter acentuadamente sensato que en Madrid se publican, me hace coger la primer revista financiera que á mano tengo, en busca de un Balance del Banco de España. Lo encuentro, correspondiente al 19 de Mayo y escribo en los primeros días de Junio, para publicar lo escrito dentro de dos ó tres semanas; salvadas estas que las estimo oportunas para encauzar la atención del lector prudente, que dará pruebas inequívocas de serlo, si medita un poco sobre el fondo y alcance de estos renglones, sin parar mientes en la insignificante valía de la firma que los autoriza.

Todos los cerebros elaboran alguna idea útil y provechosa. Si hubiera uno tan potente que fuera capaz de retener y dar aplicación al aspecto práctico y conveniente de las candorosas verdades que expresa la inconsciencia de todos los imbeciles del mundo, sería el asombro mental de la Humanidad; por eso, los que tienen el mérito singular de saber aprender, hasta de la imbecilidad de los demás obtienen grandes y aterrorizables enseñanzas.

El Banco de España lleva su contabilidad bajo el tipo monetario Plata.

A simple vista, esto nada tiene de particular, y como cosa natural y lógica por incidencia lo dice la ilustrada y bien escrita publicación á que al principio aludo, cuyo nombre reservo porque no es mi ánimo zaherirla ni promover polémicas periodísticas por cosa que sólo hace recordarme un hecho que de antemano conocía, siquiera sea en forma que denota la glacial indiferencia con que hasta por las clases más cultas son mirados en España problemas económicos que tanto influyen en la vida de los pueblos.

Cuando el Banco de España se fundó y algunos años después, durante la primera década de su funcionamiento, sin que en la clasificación de sus cuentas de efectivo se dijera, por innecesario, todas ellas se referían forzosamente al patrón Oro, porque en España circulaba la plata, como el cobre, sólo en el concepto de moneda fraccionaria. El año de 1881, en algunas provincias donde el cambio bancario era aún un poco dificultoso, la abundancia de oro circulante entorpecía el pago de pequeñas cantidades y el de las fracciones de toda suma. Algunas veces tuve yo que luchar con esos entorpecimientos, muy mozo aún, en la propia provincia de mi naturaleza, donde ejercía funciones de confianza muy imprudentemente encomendadas, dados mis pocos años.

Garantía su circulación fiduciaria, saldo de cuentas corrientes y depósitos, con sus reservas en Caja y con su Cartera comercial hasta 90 días. Nada de valores públicos ni de ninguna otra clase sujetos á cotización.

La penetración económica de otros países en el nuestro, hija natural de la abundancia de valores, principalmente de ferrocarriles, domiciliados en el extranjero, cuyos intereses no permitían, como es consiguiente, quebranto alguno, fueron absorbiendo el oro

ser la privación causa de apetito.»

«¿Querrán ustedes creer que desde que sé que no puedo publicar caricaturas inspiradas en los incidentes de la guerra mundial, únicamente se me ocurren caricaturas sobre la guerra.

La que tenía preparada para este número parecióme inocente al mandarla al fotograbador, y al ir á ajustar el número antojóseme que era tachable

por arriba,  
por abajo,  
por delante  
y por detrás,

y la retiré, exclamando con el loco del prólogo del Quijote: «Guarda, que es podenco.»

Y no teniendo preparada ninguna otra para sustituirla, me puse á buscar entre las ya publicadas una que no hubiera manera de meterle mano, y tropecé con la que va en la página 5.ª, que seguramente recordarán con gusto cuantos la vieron hace años, y agrada á los que la vean ahora por vez primera. Y más que á unos y á otros, á los curas que la contemplen, y que exclamarán al verme crucificado:

«¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

Y en adelante, mientras dure la suspensión de garantías, iré dando retratos, ó caricaturas refritas; ahorrándome así quebraderos de cabeza. ¿Para qué ir acumulando grabados ñoños, únicos que pueden pasar hoy sin tropezar?

## Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno

## Virtudes del clero

Variedad en la unidad

## Trozos de mi vida

## TRALLAZOS

Precio: 2 pesetas

## Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren,

O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS

## Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"

FOR

José Nakens

PRECIO: UNA PESETA

## Cien sonetos

1 PESETA

## LA CARICATURA

«Dicen que está escrito,  
y no sin razón,

Ayuntamiento de Madrid



# Horrible crimen de un sacerdote y maestro

(CONTINUACION)

A los acontecimientos políticos desarrollados en el país durante estas últimas cuarenta y ocho horas, ayer se acordó suspender la manifestación, a fin de evitar cualquier alteración del orden público.

## El aviso a la policía

Como quiera que a la hora en que se tomó ese acuerdo, no era tiempo ya de anunciarlo por medio de los periódicos, se dió el oportuno aviso a la Jefatura de Policía, la cual se encargó de transmitirlo a las respectivas estaciones, disponiendo éstas que salieran a prestar servicios las reservas, para disolver a los grupos de manifestantes, que ignoraban por completo de la orden en cuestión, acudían puntuales a la esquina de *El Día*, que fué el sitio escogido para organizar la manifestación.

## Millares de estudiantes

Millares de estudiantes, animosos y decididos, acudieron a Galiano y Trocadero, con el objeto de tomar parte en el acto de justa protesta que iban a llevar a cabo. Pero todos ellos, al llegar frente a nuestra Redacción, eran notificados de la orden de suspensión, a la vez que se les comunicaba que debían disolverse.

Como es lógico suponer, no es tarea fácil limpiar las calles de estudiantes cuando éstos se lanzan a las mismas indignados por un crimen horrible cometido en la persona de una infeliz criatura. Los estudiantes eran desahogados frente a la redacción de *El Día* y se reunían en la esquina próxima, e idénticos casos se sucedían en la Escuela de Medicina, Universidad, Instituto, etc.

## Un recorrido por la ciudad

A fin de poder informar a nuestros lectores de la animación que reinaba en la Habana por la manifestación estudiantil, hicimos un recorrido por la ciudad, pudiendo observar que el pueblo todo estaba pendiente de ella.

Los balcones y azoteas de casi todas las casas estaban repletas de mujeres y la mayoría de los establecimientos de las calles de Galiano y San Rafael y Belascoain, tenían sus puertas preparadas, a fin de cerrar las tiendas al aproximarse la manifestación.

El café «El Día», situado en Galiano y Trocadero, con motivo de la enorme multitud que rodeaba nuestro edificio, se vió obligado a cerrar sus puertas ante el temor de que invadieran el local.

Toda la cuadra de la calle de Galiano, cuadra comprendida entre las de Trocadero y Lagunas, en cuyas inmediaciones se encuentra enclavado el edificio de nuestro periódico, estaba tomado militarmente.

Las reservas de la tercera y quinta estaciones de Policía se situaron en dicho tramo, impidiendo el tránsito por el mismo.

## En la Escuela de Medicina

En los alrededores de la Escuela de Medicina otro gentío inmenso se había congregado. Desde hora oportuna la policía de la séptima estación cuidaba del orden, procediendo con gran tacto la mayoría de los vigilantes, así como el sargento Alberto Tutor, cuyo trato para con el público merece toda clase de elogios.

## Ud tranvía «tomado por asalto»

En la calzada de Belascoain fué tomado por asalto un tranvía de la línea Luyanó-Malecón. Era tan enorme el número de pasajeros, que a grandes trabajos pudo marchar sobre los raíles. La multitud congregada en el carril no cesó de dar repetidos vivas a *El Día*, pidiendo justicia para el asesino, el siniestro Padre Rogelio.

Los estudiantes que venían en el referido tranvía, y el pueblo que les acompañaba, descendieron del mismo en la esquina de Trocadero y Galiano, siendo allí disueltos por la Policía.

## La caballería

La caballería de la Sección del Tráfico, prestó servicio de patrulla por toda la ciudad, recorriendo las principales calles para cuidar del orden.

## Los grupos

Hasta últimas horas de la tarde la Policía estuvo disolviendo grupos de estudiantes que en dirección a sus respectivos domicilios marchaban.

## Un sobrino del Dr. Montalvo, lesionado

El vigilante de Policía marcado con el número 820, hizo agresión al menor estudiante Pedro Montalvo, sobrino del Subsecretario de Gobernación, que recibió un golpe y ropinado con un club, en un tobillo.

También en distintos lugares en que la Policía disolvió a los estudiantes, resultaron lesionados los menores Miguel Baguer y Luis Varona.

## Se enfrentaron con dos padres

En Neptuno y Belascoain y en la calle de San Ignacio, los estudiantes que marchaban en grupo se enfrentaron con dos padres, uno de ellos cepellán de la quinta La Cova Longa. Con tal motivo se produjeron dos pequeños incidentes y uno de los sacerdotes perdió el bonete y la capa que fueron pisoteados por la multitud.

## Frente a la iglesia de Jesús del Monte

Un grupo de individuos, transitando anoche por frente a la iglesia de Jesús del Monte, lanzaron al espacio multitud de gritos de protesta por el crimen del Padre Rogelio. La iglesia no fué atacada, pero la policía, a fin de evitar cualquier alteración del orden, disolvió a los manifestantes.

## Los colegios religiosos, custodiados

Ayer permanecieron custodiados durante todo el día los colegios religiosos de esta capital, para evitar una quier agresión por parte del pueblo.

Ayer estuvo en Palacio el doctor Julio de Cárdenas, fiscal del Tribunal Supremo quien interrogado por los reporteros respecto al escandaloso suceso del colegio de San Rafael, dijo que había dado instrucciones al Fiscal de la Audiencia, para que en representación del Ministerio Público tomara cartas en el asunto.

La «Asociación Cívica Cubana», cuya Directiva radica en Matanzas, también se ha conmovido al conocer la actuación asquerosa del cura Rogelio.

Dos de sus miembros, los cultos y cívicos periodistas José Ignacio Fons y Justo G. Betancourt, han dirigido la siguiente comunicación a su Presidente:

«Matanzas, Mayo 9, 1917.

Señor Presidente de la «Asociación Cívica Cubana».

Ciudad.

Señor: Un acto abominable, de esos que son más propios de la bestia que del hombre, algo tan repugnante que levanta de un extremo a otro de la Isla un clamor de indignación, que sólo el castigo merecido y ejemplar puede acallar, se ha realizado en un colegio escolapio de la capital, siendo autor de dicho indigno hecho nada menos que un «sacerdote» católico, que en la persona de un niño de los confiados por sus padres para la instrucción y educación en ese plantel religioso, ha cometido, como sabrán los miembros todos de este organismo, por la labor informativa, diligente y novísima de periódico *El Día*.

Los firmantes de esta moción, que se abstienen de hacer comentarios, porque el suceso entraña una tan espantosa y espeluznante degradación que no hallan nada igual en los anales horrendos de diabólicos bacanales africanos, piden que unánimemente los miembros de esta Asociación protesten del acto y dirijan al Honorable Señor Presidente de la República una exposición razonada por este hecho, así como la expresión de la conveniencia de que se tomen medidas para que no queden impunes estos frecuentes hechos, mácula de la civilización y del decoro social, y se evite en lo sucesivo la repetición de acciones tan infandas.

De usted atentamente,

José Ignacio Fons

Justo G. Betancourt

*El Día*, Habana, 11 Mayo de 1917

# Se pretende libertar bajo fianza al criminal sacerdote, para facilitar su fuga

SUS DEFENSORES, QUIEREN EVITAR QUE LOS NIÑOS CONOCEDORES DE LAS PRÁCTICAS CRIMINALES DEL ACUSADO PRESTEN DECLARACIÓN ANTE EL JUZGADO.

—A ESE EFECTO RECORREN DE UNO EN UNO LOS DOMICILIOS DE TODOS LOS ALUMNOS DEL COLEGIO EN QUE ERA MAESTRO.—DESDE DIAS ANTES DE PUBLICAR *EL DIA* LA NOTICIA DEL CRIMINAL ATENTADO, EL PADRE DEL MENOR JOSÉ ANTONIO PEDÍA A LOS JEFES DEL DELINCUENTE SU CASTIGO.

Hasta los presos de la Cárcel se rebelan contra el Padre Rogelio, y se hace preciso aislarlo en una celda, a donde no puedan llegar sus otros compañeros de prisión para evitar un atentado a su persona.

Tal es el número de cartas, adhesiones y nuevos informes que nos llegan, en relación con esta ruidosa causa, motivada por el crimen execrable del repugnante Padre Rogelio, que apenas si nos es posible, atendiendo a realizar la investigación de esos datos que se nos facilitan, continuar nuestras gestiones, con el fin de aportar cada día nuevos cargos al sumario, comprobando con testigos y con demostración de hechos, la veracidad de cuanto un día y otro día hemos venido publicando, desde el primero en que lanzamos a la vindicta, la noticia del repugnante crimen, cumpliendo así nuestro deber de informar al público de todas las pautaciones de la vida colectiva, sin callar ésta porque se trate de un sacerdote ni otra porque en ella esté acusado un obispo.

La misma naturaleza del hecho a que aludimos ha movido a todas las conciencias honradas, que no se cansan de protestar contra el criminal sacerdote, indigno de representar a Dios en la tierra, y mucho más a ostentar el título de conductor de niños por la senda de la educación, para, mancillando ese timbre corromperlos y malearlos con prácticas repugnantes, antihumanas y ajenas que no practican ni los propios salvajes de la Orientación.

Si no fuera que desde el principio de estas informaciones nos hemos propuesto—como el lector habrá visto—confirmar en todo a la realidad indiscutible de este caso, tratando sólo de los hechos probados con los datos y testigos que aportamos al sumario, sin echar a volar la imaginación y mucho menos perderlos en consideraciones generales ni en juicios definitivos sobre las causas de este crimen, podríamos ofrecer al público no inútiles ni despreciables trabajos sobre el particular. Pero ello quedará para cuando, terminada la labor ahora im-

(Continuará.)

IMP. «LA ITALICA», VELARDE, 12 MADRID